

Primer Encuentro Académico Interdisciplinario de la Escuela Nacional Preparatoria

“Transversalidad. Una propuesta para la innovación curricular”,
a celebrarse el 9 y 10 de junio de 2014, en el Plantel 6 “Antonio Caso”
(Corina No. 3, Del Carmen, Coyoacán) de 10:00 a 14:00hrs. y de 16:00 a 19:00hrs.

**La transversalidad en el currículum del bachillerato.
La lectura y escritura de textos para aprender y pensar como eje transversal**

AUTOR:

Mtro. Jesús Zúñiga Garcia
Escuela Nacional Preparatoria, Plantel (7) “Ezequiel A. Chávez”
Colegio de Filosofía

Resumen

La comprensión entre las culturas es una necesidad de nuestro tiempo. La escuela, sobre todo cuando su vocación es la formación general, ha de meditar sobre cómo fomentar en los jóvenes estudiantes las actitudes y los conocimientos que conduzcan a ella. La filosofía, tanto en la reflexión directa sobre el tema y su complejidad como en su inclusión en el *currículum* escolar, puede hacer una gran contribución en este sentido.

El saber filosófico y la cultura humana universal

La preocupación por conectar la enseñanza escolar con la vida ha estado presente de manera constante, por lo menos en los últimos años, en la reflexión educativa. En este sentido se inscribe la idea de transversalidad en las propuestas de innovación curricular para la escuela actual. Independientemente de si tal propuesta logre su objetivo o no, yo quiero traer a la discusión la trascendencia del saber humanístico en general, y filosófico en particular, para uno de esos temas transversales, cuya relevancia me parece inobjetable, a saber, el tema de la multiculturalidad.

Las categorías creadas por la filosofía siempre dan claridad a la inteligencia cuando se trata de encontrar salidas a situaciones intrincadas. Una breve consideración de algunos tipos de saber y sus posibilidades formativas orientará, sin duda, los esfuerzos de nuestra institución en estos momentos de cambio y renovación.

La intención, entonces, es tratar dos tipos de saber: el saber de dominio y el saber cultural -del cual forma una parte fundamental la filosofía- y la repercusión del segundo en la constitución del *ethos* de un individuo. Las características del saber cultural lo hacen, además, propicio para abordar el tema de la multiculturalidad. Esto último es el objetivo hacia el cual queremos centrar la breve exposición que aquí presentamos, sin dejar de abordar brevemente los otros dos.

El criterio con el cual se establece esta distinción se funda en la intención por la que buscamos saber. Podemos reconocer, por lo menos, dos clases de ellas. Buscamos saber para sobrevivir y alcanzar un nivel de vida más confortable. Con esta intención conocemos la realidad para dominarla. La manifestación más clara de este tipo de saber es la técnica contemporánea. Conocemos la energía eléctrica, por ejemplo, y, mediante el conocimiento, la sometemos para que sirva a nuestros fines. En la vida

actual, la fuerza eléctrica lava nuestra ropa, muele nuestro alimento, incluso, nos entretiene. Esto es lo que da lugar al saber de dominio, al que se ordena e, incluso, se subordina la ciencia de hoy.

Mas no es ésta la única razón que tiene el ser humano para ir en búsqueda del saber. Además de sobrevivir, necesitamos encontrar un sentido a nuestra vida. Y esto se logra al descubrir una manera de relacionarnos, lo más amplia y profundamente posible, con el mundo. Saber también nos permite relacionarnos con la realidad. En esa relación descubre el ser humano el significado de su existencia. Y es esta necesidad lo que da origen al saber cultural. Con él orientamos nuestra vida; nos da una idea de lo que es el mundo, lo que es el prójimo y nosotros mismos. Y nos propone una forma de ser y vivir; o bien, en otras palabras, un *ethos*.

Si observamos el fenómeno humano a través del espacio y del tiempo, constatamos de inmediato su diversidad. El hombre medieval es distinto al del renacimiento; el hombre mexicano es del español ¿Cuál es el origen de esta diferencia? No la encontramos en la biología o la fisiología. Fisiológicamente todos los seres humanos son prácticamente iguales. Son distintos, porque tienen *ethos* distintos; conciben la vida, a sí mismos y el mundo de modo distinto y se entregan a él de maneras diferentes. "Hay ideas -nos dice Ortega y Gasset- que *tenemos* y hay otras en las que *estamos*" (Cfr. Ortega y Gasset. 1986. pp. 187 y sigs.). Estas últimas constituyen el saber cultural, fundamento del *ethos* de un pueblo o un individuo.

Existe, entonces, un saber que se entrelaza con lo que somos. Éste es el saber cultural en uno de sus principales rasgos. Por esta razón, la cultura de un pueblo o etapa histórica se sintetiza en un modelo de ser humano. El sabio, para la Grecia clásica; el artista del goce, para el romanticismo; el *Uomo universale*, para el Renacimiento. Y de ahí que, la enseñanza del saber cultural, tenga que ver con *el proceso de individuación o*

personalización que también debe ser la educación. Pues “la cultura no es, en efecto, un mero adorno o cosa adjetiva, sino un elemento consustancial del hombre, y acaso su misma sustancia.” (Reyes. 1982. p. 150)

Este es un tema de sobrada importancia para una institución educativa, que ha de orientar sus acciones empezando por determinar el *ethos* ideal del tiempo en que se inscribe. Un paso en este sentido en nuestro tiempo es la reflexión sobre la multiculturalidad y su inserción en el ámbito escolar. Lo que hemos dicho hasta aquí y la consideración de otro aspecto esencial del saber cultural nos ayudarán a darlo ¿Cuál es éste?

Además de lo dicho, el saber cultural se distingue del de dominio, porque puede *sintetizarse*, mientras este último sólo puede acumularse. La técnica selecciona las verdades que hay en las teorías del pasado y las suma a las actuales. Una cultura por su parte *crece* cuando incorpora el saber cultural de otra época u otro espacio geográfico. Y decimos que *crece*, porque, de acuerdo con lo dicho, esa incorporación modifica el *ethos*, es decir, el ser del que la recibe. Un ejemplo de esto lo es la constitución de nuestra nacionalidad, que se ha ido conformando en la *síntesis* de las dos grandes vertientes culturales que nos dieron origen. y que se realizará cabalmente cuando aquella síntesis sea plena. Meta que parece todavía lejana, pero hacia la que hemos tomado rumbo decidido con la valoración positiva de las culturas prehispánicas que cada vez más mexicanos adoptan. Pero cuando eso se logre a plenitud, el *ethos* del mexicano crecerá y tendrá un horizonte vital mucho más amplio y rico.

Sucede así porque toda cultura es una *perspectiva personal*¹ de la realidad. Lo cual no la hace falsa, pero sí parcial y susceptible de ser complementada. La perspectiva del mundo y la vida que tuvieron el pueblo mexicano y el español puede ser ampliada y profundizada mediante la asimilación viva de la una en la otra. Y esto que decimos de estas dos culturas, se puede predicar de todas y cada una de las culturas del espacio y tiempo humanos, para así dar lugar a una cultura humana universal.

Nuestro tiempo es también una perspectiva parcial; ciega para muchos aspectos de la realidad. Esta parcialidad es común a toda cultura, pero en la nuestra se ha convertido prácticamente en unidimensionalidad, lo cual explica muchos de sus aspectos destructivos. Requiere, por tanto, de esa inserción en la cultura universal, del descubrimiento de esas otras perspectivas, que enriquecerán su espacio vital y limitarán su voracidad. Pues aunque se hable mucho de globalidad, si ésta no está cifrada más que en lo económico, sólo es aislamiento histórico y espiritual.

El sentido de la historia no está en una lejana meta temporal, sino en la unidad “de *todas* las culturas históricas en una conexión dotada de un sentido supratemporal [...] no hay una *mediatización de las épocas por las épocas siguientes*” (Scheler. 1991. p.34-35). Así, las etapas del pasado histórico, incluso en los límites de la cultura occidental, no son meros pasos en la constitución de la sociedad actual. Ésta ha de descubrir también cuál es su particular lugar en esta cultura humana universal, encontrando su relación con el pasado, su colaboración con el presente y su proyección hacia el futuro. Pues la historia humana es una unidad de sentido; cada etapa de la misma encontrará su significado definitivo en esta triple relación.

¹ *Personal* y no *subjetiva*. El término hace aquí referencia al nivel más profundo de asimilación del saber que hace un individuo, de modo que se transforma en parte integral de lo que él es. El saber constituido por esas “ideas en las que estamos”, según el dicho de Ortega. En este sentido es en el que se hace uso del término *personal*.

De este modo, la multiculturalidad no sólo es tema de tolerancia respetuosa, sino de mutua complementariedad y concordia. “La cultura es una función unificadora. La concebimos bajo la especie geométrica del círculo, la figura total y armoniosa.” (Reyes. 1982. p. 207) Quizá nuestra época tenga como principal empresa poner las bases en que esa comprensión y sublime síntesis de las culturas se sustente.

Todavía no estamos del todo libres para poder entender el “espíritu del capitalismo” por completo. Todavía tenemos que odiarlo más o menos –y esto significa malentenderlo. Pero el tiempo en que podamos también amarlo, vendrá. Quizás adoptará una forma más conciliadora [...]. Quizás sea la imagen de un gigante miserable y monomaniático que tuvo que hurgar sin sentido en la tierra oscura, negándose a sí mismo todo lo que las delicias de la luz mundana y celestial iluminan; creó –en virtud de una especie de división del trabajo histórico- mundial- el lugar de danza y recreo para un *nuevo* hombre, inconsciente de lo que él mismo hacía y, por ello, no sin el carácter trágico de un héroe ciego. Pero su definitiva realidad histórica y su imagen correcta en nuestro espíritu, dependerán por completo de lo que nosotros y nuestros niños *hagamos*. (Scheler. 1955. p. 361)

Las asignaturas humanísticas del plan de estudio de la Escuela Nacional Preparatoria son un lugar propicio para incorporar en su *curriculum* esta reflexión sobre la multiculturalidad; pero, sobre todo, las filosóficas, dado que la filosofía es “la conciencia de la cultura”. El estudio de la filosofía de los distintos pueblos y etapas históricas es, entonces, una puerta a la comprensión mutua. Y por eso la metafísica está llamada, según Schopenhauer, a ser un diálogo entre los sabios de los diferentes pueblos que ha de tener lugar más allá del espacio y el tiempo.

Bibliografía

- Ortega y Gasset. José. *Ideas y creencias*. Madrid. Espasa-Calpe. 1986
- Reyes, Alfonso. *Última tula. Obras completas XI*. México. FCE. 1982.
- Reyes, Alfonso. *Tentativas y orientaciones. Obras completas XI*. México. FCE. 1982.
- Scheler, Max. *Der Bourgeois. Von Umsturz der Werte*. Bern. Francke AG Verlag. 1955.
- Scheler, Max. *Sociología del saber*. Buenos Aires. Leviatán. 1991.